

**LA EUCARISTÍA,**  
**ESCUELA PERMANENTE DEL ITINERARIO VOCACIONAL**  
**Y LUGAR DE RECEPCIÓN DE LA LLAMADA**

Se me ha pedido hablar sobre la Eucaristía como «**escuela permanente del itinerario vocacional y lugar de recepción de la llamada**». El tema es apasionante y complejo. El documento «*Nuevas vocaciones para una nueva Europa*», siguiendo la reflexión y la tradición de la Iglesia, propone cuatro itinerarios o caminos comunitarios para el discernimiento vocacional: «la liturgia y la oración, la comunión eclesial, el servicio de la caridad, la experiencia del amor de Dios recibido y ofrecido en el testimonio» (27). Además, los redactores del documento hablan de «lugares signo» y «lugares pedagógicos» para escuchar y acoger con prontitud y alegría la llamada del Señor. Pues bien, como trataré de demostrar, estos itinerarios y lugares encuentran su unidad, su impronta, su eficacia y su dinámica en la Eucaristía.

Al hablar de la Eucaristía como «**escuela y lugar**», podemos correr el riesgo de quedarnos en el nivel de la psicología y la pedagogía religiosa. Para evitar este riesgo real, demostrado por la experiencia, conviene situarse desde el inicio de nuestra reflexión en el terreno de una verdadera «**ontología de la gracia**». La Eucaristía no se limita a mostrar el camino de la vocación, esto es, a decirnos cómo acoger y vivir la respuesta a la llamada de Dios, sino que además, el «sacramento de la fe» capacita y da fuerzas para desarrollar en la vida concreta lo que estamos llamados a ser en Cristo por la gracia<sup>1</sup>. «*Vosotros, leemos en la primera carta de Pedro, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los*

---

<sup>1</sup> La Eucaristía hace que el cristiano llegue a ser verdaderamente lo que come. San León Magno escribió: “Nuestra participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo no tiende a otra cosa sino a llevarnos a ser lo que comemos” (Sermón N 12 sobre la Pasión, 7). Benedicto XVI, apoyándose en san Agustín, enseña: «La belleza intrínseca de la liturgia tiene como sujeto propio a Cristo resucitado y glorificado en el Espíritu Santo que, en su actuación, incluye a la Iglesia. En esta perspectiva, es muy sugestivo recordar las palabras de san Agustín que describen elocuentemente esta dinámica de fe propia de la Eucaristía. El gran santo de Hipona, refiriéndose precisamente al Misterio eucarístico, pone de relieve cómo Cristo mismo nos asimila a sí: “Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido”. Por lo tanto, “no sólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo”. Así podemos contemplar la acción misteriosa de Dios que comporta la unidad profunda entre nosotros y el Señor Jesús: «En efecto, no se ha de creer que Cristo esté en la cabeza sin estar también en el cuerpo, sino que está enteramente en la cabeza y en el cuerpo» (SC 36). Pablo, por su parte, da cuenta de su vivir en Cristo con estas palabras: «*Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí*» (Gal 2,20)

*que antes erais no pueblo, ahora sois pueblo de Dios, los que antes erais no compadecidos, ahora sois objeto de compasión» (1P 2, 9-10).* La Eucaristía alimenta y sostiene la «vocación celeste» (Heb 3, 1) de los «santos», de los llamados a la santidad (2Ts 1, 11; Ef 4, 1; 1Ts 4, 3), nos permite poner el mayor empeño en afirmar nuestra vocación y elección (cf. 2P1, 10), y nos hace pasar de las tinieblas a la luz.

En la Eucaristía, Cristo nos revela el dinamismo «del **hombre nuevo**», al tiempo que nos ofrece la posibilidad de vivir nuestra condición terrena en una nueva clave antropológica<sup>2</sup>. «*El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí*» (Jn 6, 36-37). En medio de las corrientes antropológicas y religiosas, carentes del dinamismo vocacional constitutivo del ser humano, la Eucaristía hace posible que la existencia humana sea vivida como servicio y ofrenda en el amor. Si las antropologías de inspiración jurídica repliegan a los hombres en la dinámica propia de la profesión; si las antropologías autistas, basadas en la «autorrealización» personal o colectiva, desembocan siempre en la competitividad y cierta violencia, la Eucaristía, como vamos a ver, introduce al creyente en una dinámica antropológica de una novedad y valor insospechados. Para descubrirlo es preciso ahondar en el sentido de la vocación y de la vivencia correcta del sacramento del amor, del sacramento de la alianza: *la alteridad en la comunión*.

Las primeras páginas de la Biblia recuerdan al ser humano su condición de criatura; pero una criatura diferente al resto de lo creado. «*Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó*» (Gen 1, 27). Dios creó todo por la palabra, pero sólo con el hombre entabla un diálogo, para que éste se vaya realizando día tras día por la palabra que lo origina y finaliza. El hombre aparece desde el inicio como un «interlocutor» de Dios. Sólo a él lo «convoca» y asocia a su tarea creadora en el tiempo, sólo a él le prescribe normas. No es un ser codificado, como pueden ser los animales, sino libre ante la palabra de su Hacedor. La existencia humana se presenta como «vocación»<sup>3</sup>, como «convocación» para ser más exacto. La antropología bíblica señala la capacidad y libertad del ser humano para oír y poner en práctica la Palabra que lo constituye en su esencia. Vocación y misión son inseparables en el plan divino. El hombre recibe desde el inicio la llamada a ser «colaborador de Dios» en su obra en la historia de la creación. Con razón se ha podido hablar del «sacerdocio cósmico» (Zizioulas) al que está convocado todo hombre junto con los demás, por el simple hecho de ser

---

<sup>2</sup> «La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. *Rom 8,29 s.*). Todo lo que hay de auténticamente humano —pensamientos y afectos, palabras y obras— encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud. Aparece aquí todo el valor antropológico de la novedad radical traída por Cristo con la Eucaristía: el culto a Dios en la vida humana no puede quedar relegado a un momento particular y privado, sino que, por su naturaleza, tiende a impregnar todos los aspectos de la realidad del individuo». (S C 71)

<sup>3</sup> Pablo VI expresó así sus convicciones sobre el humanismo integral: «En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos como un germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación» (PP 15).

criatura creada a imagen y semejanza de Dios, aun cuando no sea consciente de forma refleja de ello<sup>4</sup>.

La Iglesia apostólica releerá los viejos relatos bíblicos de la creación a la luz de la Pascua de la Palabra hecha carne. El Espíritu la conducirá de forma progresiva a la verdad y novedad inagotable esbozada en dichos relatos, tanto sobre el misterio de Dios como sobre el misterio del hombre. En Cristo, «Primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), fuimos bendecidos, elegidos, redimidos, llamados y destinados a ser alabanza de su gloria desde toda la eternidad. Ahora la vocación y misión del hombre se precisa: recapitular todo en Aquél que es el Primogénito de entre los muertos (cf. Ef 1, 9-10). En la economía de la gracia, el viejo Adán es pensado a la luz del nuevo Adán. El que traspasaron es «*el Alfa y la Omega, el que es, el que era y ha de venir*» (Ap 1, 8). De esta forma la cristología ilumina con nueva luz la antropología, lo que el hombre está llamado y destinado a ser en Cristo.

Si los relatos iniciales de la creación se escribieron ya a la luz y en la perspectiva de la alianza de Dios con los suyos, en Cristo se pone de manifiesto que el ser humano está llamado por gracia a «la comunión filial» con su Creador. Incorporado a Cristo, el hombre está convocado a vivir en la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo, a compartir la misma vida divina, a la santidad misma de Dios. La antropología cristiana se caracteriza, ante todo, por la vocación, por el hecho de que la persona está llamada a devenir lo que es en Cristo por la gracia. «*Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo*» (2Cor 5, 17). Esta criatura nueva no puede aislarse de la comunidad de los convocados que es la Iglesia: Cristo «*ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces*» (Ef 2, 15). Y porque debemos desarrollar el hombre nuevo, que se nos ha dado, la existencia es vocación y misión. Dicho con otras palabras: el hombre está destinado a realizar en lo concreto de la historia «la llamada de su esencia», el Hombre Nuevo creado en Cristo Jesús. Surgen así las cuestiones que nos invitan a ahondar en la Eucaristía como escuela y lugar del itinerario de la vocación del hombre y de las vocaciones particulares en el pueblo de los convocados: ¿Cómo el hombre frágil y quebradizo, proclive a la infidelidad, llegará a ser lo que es y está llamado a ser en Cristo? ¿Con qué medios cuenta para desarrollar su «sublime vocación divina» (G S 22), para realizar en su existencia «la llamada de su esencia»? ¿Qué dinamismo antropológico desarrolla la Eucaristía en quien se acerca a ella con fe? ¿Cómo puede la persona vivir y desarrollar en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, su condición irrepetible de persona, su vocación y misión particular? En definitiva: **¿Qué correlación existe entre el dinamismo de la Eucaristía y el dinamismo de la vocación?** Trataré de aportar alguna luz a estas cuestiones siguiendo los pasos de la antifona del Magníficat compuesta por santo Tomás de Aquino, que rezamos en las segundas vísperas del Corpus Christi.

---

<sup>4</sup> «Entre todas las criaturas, sólo el hombre es libre y por ello sólo él puede llegar a ser, en Cristo, a través de la fuerza del Espíritu Santo, el *mediador* para alcanzar la finalidad del mundo. El hombre es, por tanto, el sacerdote del cosmos, porque es el único capaz de llevar a los seres creados a un encuentro personal con Dios como respuesta consciente de lo creado a Aquél que con su Logos y su Espíritu lo sostiene» (Comité para el jubileo del año 2000, El Espíritu del Señor, Madrid 1997, p 45-46)

## 1. «O SACRUM CONVIVIUM! IN QUO CHRISTUS SUMITUR»

La Eucaristía se presenta, en primer lugar, como un convite, como un banquete sagrado cuyo origen se encuentra en Dios. El hombre es un invitado de Aquel que toma la iniciativa para llamarlo y darle «el pan de la vida». Isaías anunció que el Señor prepararía un banquete para todos los pueblos a fin de celebrar su obra salvadora (cf. Is 25, 6-12). Jesús, por su parte, en el discurso del pan de la vida afirmó en la sinagoga de Cafarnaúm: «*En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo; sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo*» (Jn 6, 32). Conviene notarlo, la invitación al «sacramento de la alianza» arranca del Padre. En la parábola de la gran cena, que habla del banquete del reino de Dios, el Señor manda a su Siervo a las calles, plazas y caminos a buscar a los invitados de la primera y de la última hora (cf. Lc 14, 15-24). Los inicialmente excluidos de la fiesta serán los primeros en responder a la invitación. Dios envía reiteradamente a su Siervo para que la sala se llene de comensales. El Señor ha preparado el banquete y nos apremia a participar en él.

### La alteridad entre el que invita y los invitados

La *alteridad* entre el Señor que invita y los convidados es clara y manifiesta. Entramos así en la dinámica profunda de la vocación. El reconocimiento de la verdadera alteridad entre el Tú que convoca e invita a compartir su banquete y los convocados, nos introduce en el dinamismo que sustenta una verdadera vocación. Los primeros convidados de la parábola se dedicaron a sus cosas: campos, bueyes y hogar. Vivían la existencia desde el yo y no desde la vocación, esto es, desde el Tú. Lo propio de la vocación es vivir la existencia desde él Tú que convoca a la fiesta, desde la conciencia de ser agraciado. El Señor de la parábola no pedía de entrada renunciaciones, pero sí vivir dando prioridad a la invitación. Quien acude de forma consciente a la Eucaristía se adentra de lleno en el dinamismo de la gratuidad divina y de la vocación. Pero esto exige que «el sacramento de la fe» no quede reducido a un precepto o a una cuestión de piedad personal. Las palabras de Marta a María: «*El Maestro está ahí y te llama*» (cf. Jn 11, 28), evocan bien la armonía existente entre el hondo dinamismo de la Eucaristía y el de la vocación. La respuesta a la llamada supone levantarse, abandonar lo que repliega sobre uno mismo y salir al encuentro de aquel que es la fuente de donde brota el agua viva.

### La invitación como obra de la libertad graciosa de Dios

La «convocación» del Señor arranca de su libertad y gratuidad. Ni la Eucaristía es un banquete exigido por el hombre, ni la vocación se basa en las cualidades o derechos de los llamados. La vocación y la Eucaristía tienen su origen en la soberana libertad de Dios, en su gratuidad más absoluta. Nadie merece la invitación, nadie puede comprarla, ni mucho menos exigirla. Todos pueden acoger y responder de forma positiva a la invitación, pues como leemos en los profetas y en el libro del Apocalipsis, *la comida y la bebida de la vida se ofrecen de balde, basta ir al encuentro del que convoca a la fiesta* (cf. Is 55, 1-5; Ap 21, 6; 22, 17). Dios llama «por gracia» y además da «su gracia» para que el llamado, siempre débil y frágil, y que jamás se encuentra a la altura de llamada (cf. 2Cor 2, 16), responda con alegría, prontitud y determinación. Es propio del pan de la vida dar fuerza y coraje para asumir la misión que comporta toda vocación.

## Eucaristía y vocación en la perspectiva de la alianza.

Demos un paso más en nuestra reflexión. La alteridad a la que nos estamos refiriendo, y que se halla en la entraña tanto de la Eucaristía como de la vocación, preserva la originalidad de quien invita y de los convidados. La alteridad entre el Tú que llama y el yo (siempre situado en un nosotros) que responde nunca desaparecerá, pues se correría el riesgo de la fusión o absorción del ser humano. Pero, como es propio de la antropología del banquete, entre el que invita y los convidados se establece una relación de familiaridad, amistad e interioridad<sup>5</sup>. El compartir el alimento teje entre el Señor y los convidados una verdadera comunidad de vida y destino. La Eucaristía, como bien sabemos, es el «sacramento de la alianza». Esto quiere decir que entre los partenaires de la alianza se establece una profunda solidaridad, sin por ello dejar de ser diferentes el Señor y el pueblo elegido.

La dimensión antropológica de todo banquete adquiere su máxima intensidad en el convite eucarístico, en el sacramento de la alianza. El Señor comienza por darnos a comer, como al profeta su palabra de vida y libertad, a fin de entablar un verdadero diálogo de amor<sup>6</sup>. Luego nos da a comer «el pan de la vida» y a beber «el cáliz de la salvación», esto es, el cuerpo y la sangre de Jesucristo muerto y resucitado. El Padre envió a su Hijo «*en una carne semejante a la del pecado*» (Rom 8, 3), para que entregándose a la muerte y resucitando de entre los muertos nos diera su Espíritu de filiación. Porque «la sangre de la nueva alianza» hace «consanguíneos»<sup>7</sup> de Cristo a los que la beben con fe, los convidados al banquete son

---

<sup>5</sup> "Nos hemos convertido en Cristo. En efecto, si él es la cabeza y nosotros sus miembros, el hombre total es él y nosotros" (san Agustín, *Tractatus in Johannem*, 21, 8). Estas atrevidas palabras de san Agustín exaltan la comunión íntima que, en el misterio de la Iglesia, se crea entre Dios y el hombre, una comunión que, en nuestro camino histórico, encuentra su signo más elevado en la Eucaristía. Los imperativos: "*Tomad y comed... bebed...*" (Mt 26, 26-27) que Jesús dirige a sus discípulos en la sala del piso superior de una casa de Jerusalén la última tarde de su vida terrena (cf. Mc 14, 15), entrañan un profundo significado. El valor simbólico universal del banquete ofrecido en el pan y en el vino (cf. Is 25, 6), remite ya a la comunión y a la intimidad. Elementos ulteriores más explícitos exaltan la Eucaristía como banquete de amistad y de alianza con Dios. En efecto, como recuerda el Catecismo de la Iglesia católica, "es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor" (Juan Pablo II)

<sup>6</sup> El Concilio Vaticano II habla de las dos mesas en estos términos: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia.» (DV 21) Benedicto XVI, por su parte, pone de relieve la relación entre la palabra de Dios y las vocaciones de esta forma: « El Sínodo, al destacar la exigencia intrínseca de la fe de profundizar la relación con Cristo, Palabra de Dios entre nosotros, ha querido también poner de relieve el hecho de que esta Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando así que *la vida misma es vocación* en relación con Dios. Esto quiere decir que, cuanto más ahondemos en nuestra relación personal con el Señor Jesús, tanto más nos daremos cuenta de que Él nos llama a la santidad mediante opciones definitivas, con las cuales nuestra vida corresponde a su amor, asumiendo tareas y ministerios para edificar la Iglesia.» (V D 77)

<sup>7</sup> «En la Eucaristía se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de Aquel que es oferente y oferta: esos convocados, al participar en los Sagrados Misterios, llegan a ser "consanguíneos" de Cristo, anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad» (*Oriente lumen*, 10).

introducidos en aquella relación de personas donde la alteridad se expresa en la perfecta comunión, como acaece en el misterio trinitario. La «alteridad de comunión» es el principio y fundamento de la dinámica profunda de la vocación.

### **El horizonte trinitario de la Eucaristía y de la vocación.**

El manjar eucarístico tiene una virtualidad muy diferente a los manjares procedentes de la tierra. Los manjares de la tierra quedan incorporados al individuo, como ocurre con los animales. Cuando en la fe comemos el pan de la vida y la sangre de la nueva alianza, somos nosotros lo que quedamos incorporados a Cristo, a su cuerpo glorificado. La alteridad permanece, pero la comunión es tal que formamos con él el Cristo total. La incorporación a la humanidad del Resucitado incorpora también a su misión de acuerdo con el designio creador y salvador del Padre. El horizonte trinitario de la Eucaristía ayuda a comprender mejor que toda vocación tenga su fuente en el misterio trinitario<sup>8</sup>. Por ello el propio Jesús, al llamar a sus discípulos, los recibe como un don del Padre, un don para que cuide de ellos y los lleve a la vida en plenitud. Estamos ante un punto de suma importancia. En la Eucaristía se realiza el proyecto del Padre: cada uno de nosotros somos dados a su Hijo, para ser sus testigos en el Espíritu hasta los confines de la tierra. En la comunión y adoración eucarística el discípulo, día tras día, se adentra en su verdadera identidad: ser un don del Padre al Hijo en el Espíritu Santo. Jesús, antes de pasar de este mundo al Padre, oró en los términos siguientes: «*Padre santo, guarda en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno como nosotros*» (Jn 17, 11). La adoración eucarística, tal como se desprende del «sacramento de la comunión», lleva al discípulo a consentir «ser dado» al Hijo, para compartir su amistad y misión en medio de los avatares de este mundo. De esta forma la Eucaristía es una escuela que capacita para acoger y dar cauce al dinamismo de la vocación a caminar en la libertad del amor. La vocación a la santidad es vocación a la libertad del amor, por la cual no duda la persona en hacerse siervo de los demás, ser para los demás en Cristo, el hombre para los demás. Quien toma conciencia de su existencia como pro-existencia, estará dispuesto para acoger cualquier vocación particular.

### **La dimensión comunitaria de la Eucaristía y de la vocación.**

La vocación es personal y, por tanto, se realiza en el seno de la comunidad humana y eclesial; y al servicio de ellas. También aquí «el banquete sagrado» configura y hace posible la dinámica

---

<sup>8</sup> La Iglesia no sólo contiene en sí todas las vocaciones que Dios le otorga en su camino de salvación, sino que ella misma se configura como misterio de vocación, reflejo luminoso y vivo del misterio de la Santísima Trinidad. En realidad la Iglesia, «pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», lleva en sí el misterio del Padre que, sin ser llamado ni enviado por nadie (cf. *Rom 11, 33-35*), llama a todos para santificar su nombre y cumplir su voluntad; ella custodia dentro de sí el misterio del Hijo, llamado por el Padre y enviado para anunciar a todos el Reino de Dios, y que llama a todos a su seguimiento; y es depositaria del misterio del Espíritu Santo que consagra para la misión a los que el Padre llama mediante su Hijo Jesucristo.

La Iglesia, que por propia naturaleza es «vocación», es *generadora y educadora de vocaciones*. Lo es en su ser de «sacramento», en cuanto «signo» e «instrumento» en el que resuena y se cumple la vocación de todo cristiano; y lo es en su actuar, o sea, en el desarrollo de su ministerio de anuncio de la Palabra, de celebración de los Sacramentos y de servicio y testimonio de la caridad. (PDV 35)

de la vocación en un mundo plural como el nuestro. La dimensión comunitaria de la eucaristía se corresponde con la esencia del hombre, varón y mujer, creado a imagen y semejanza del Dios, que se ha revelado en Jesucristo como comunión de personas. El apóstol escribía a la convulsa comunidad de Corinto: *«El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan»* (1Cor 10, 16-17). Cristo nos incorpora a su cuerpo en el que nos integramos como miembros diversos de acuerdo con la vocación y misión que el propio Señor nos asigna a cada uno. La diversidad de vocaciones, carismas y ministerios se expresa en la comunión y unidad del hombre nuevo creado y recreado en Cristo Jesús, tal como lo celebramos en la Eucaristía.

Con el fin de comprender mejor cómo la Eucaristía posibilita desde dentro la diversidad de vocaciones en la comunión del pueblo de la alianza, nos detendremos brevemente en un texto clave de la carta a los Efesios. El apóstol exhorta a los miembros de la comunidad a caminar *«como pide la vocación» a la que han sido «convocados»*. La vocación reclama de todos caminar en el amor y la unidad, cuyo origen y fuente se encuentran en la comunión trinitaria. Pero la unidad incluye diversidad de vocaciones y funciones. Una vocación común, pero expresada en múltiples y personales vocaciones y ministerios. Todos al servicio de todos y del todo; es decir, *«todo orientado a la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud»*. La vocación es una y múltiple, pues todos compartimos una misma vocación, pero la llevamos a cabo con los demás según la gracia recibida, a fin de contribuir a la construcción del cuerpo de Cristo, de la Iglesia *«en el amor»* (Ef 4, 1-16). La Eucaristía hace posible que todos juntos, de acuerdo con la vocación y misión recibidas, crezcamos hasta el propio Cristo, pues nos va incorporando de forma progresiva en él. Además, hace de todos los comensales un solo pan para la vida del mundo. Benedicto XVI lo ha expresado en estos términos: *«La vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo»* (SC 88).

El convite sagrado, en síntesis, se presenta como la fuente y cumbre de un verdadero itinerario vocacional. La Eucaristía introduce en la alteridad y la comunión, en el encuentro interpersonal donde resuena la voz del Señor que nos convoca en el «nosotros eclesial» para servir al proyecto divino de recapitular todo en su Hijo, o si se quiere, para que todo alcance la plenitud del «Hombre perfecto», Jesucristo entregado y dado en la Eucaristía.

## **2. «RECOLITUR MEMORIA PASSIONIS EIUS»**

Si el «banquete sagrado» recalca el don del Padre, su iniciativa en la vocación, el «sacrificio» pone de relieve la respuesta del Hijo al designio del Padre sobre él y sobre la humanidad. En la Eucaristía la Iglesia, como pueblo de convocados, se une existencialmente a la respuesta que dio Cristo, su Cabeza, en el ara de la cruz, anticipada en la cena pascual, y que ahora celebra la Iglesia en el sacramento del altar.

### **La respuesta filial al designio del Padre.**

Proclamar «*la muerte del Señor, hasta que vuelva*» (1Cor 11, 26) como lo indica Pablo al transmitirnos la tradición proveniente del Señor, es una dimensión constitutiva del «sacrificio eucarístico». En efecto, la Iglesia celebra la Eucaristía en cumplimiento del mandato del Señor: «*Haced esto en memoria mía*». El memorial no es un simple recuerdo subjetivo del pasado, sino que actualiza sacramentalmente la entrega “que hizo Cristo por nosotros a Dios, de una vez para siempre como oblación y víctima de suave olor». Es una ofrenda de amor, que lleva a la más plena realización de la persona nacida del amor. En efecto, el amor manifiesta toda su grandeza en la entrega, en «el sacrificio» el hombre realiza su más alta vocación. Por ello el apóstol exhorta a la comunidad con estas palabras: «*Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros*» (Ef 5, 1-2). Como afirma la carta a los Hebreos, el sacrificio del Hijo es un camino de perfección y fecundidad, tanto para él (cf. Heb 2, 10; 5, 5-10) como para los que recibimos en él y por él el poder de llegar a ser hijos mediante la fe (cf. Jn 1, 12). El pueblo de los convocados nace de la Pascua del Hijo, del sacrificio de la cruz, que celebramos de forma incesante en el sacramento del altar. En la sangre derramada por la fuerza del Espíritu eterno (cf. Heb 9, 14), Dios estaba reconciliando a la humanidad consigo (cf. 2Cor 5, 17-21). Jesús ha sido constituido el mediador de la nueva alianza, de la alianza del Espíritu. El «sacrificio existencial» del amor obediente y filial lejos de destruir a la persona la hace sagrada, la lleva a su plenitud. Para vivir la existencia como vocación, el hombre está llamado a ofrecerse con Cristo al Padre en el Espíritu.

### **El sacrificio de Cristo y la vocación a la libertad.**

En el misterio pascual se realiza la plena y novedosa libertad de la humanidad. La vocación del hombre es la libertad, como afirma san Pablo: «*Para la libertad nos ha liberado Cristo... Porque en Cristo nada valen la circuncisión o la incircuncisión, sino la fe que actúa por el amor... Pues vosotros hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien no utilizéis la libertad como estímulo para la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor*» (Gal 5, 1.6.13). Esta es la paradoja del agapé, que el Espíritu derrama en el corazón del hombre (cf. Rom 5, 5). En la Eucaristía, Jesús nos muestra la soberanía y la grandeza de su libertad en el amor lavando los pies de sus discípulos y entregándose por ellos (cf. Jn 13, 1ss). A partir de ahora la libertad verdadera consiste en hacerse esclavo de los demás por amor. La «carne» ni lo entiende ni es capaz de llevar adelante por ella misma semejante libertad, pero el Espíritu y los que viven de él y en él caminan, lo comprenden y ponen en práctica.

El misterio pascual, cuyo memorial celebramos en la Eucaristía, revela y hace posible el origen, camino y meta de la verdadera vocación de todo hombre en la tierra. En la persona y entrega del Hijo se desvela la libertad como esa capacidad de trascenderse en el amor y el servicio desde el último lugar. Esta vocación maravillosa a la libertad introduce al ser humano en el combate de Jesús, que se realiza plenamente llevando a término la obra del Padre, su designio de salvación. La cruz es el camino obligado a recorrer para desarrollar en nosotros el germen divino depositado en la carne por la acción del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. El grano de trigo muere para fructificar, el que pierde la vida la gana de forma definitiva. La senda estrecha de la cruz introduce a la carne en el dilatado y libre camino del Espíritu. El sacramento del altar se convierte así en la fuente viva que brota y mana del Santuario para irrigar la tierra y vivificar



los árboles sembrados en la orilla. La Eucaristía es fuente de vida y libertad que nos permite acoger y responder con determinación a la llamada que Dios nos dirige de forma personal en el seno de la comunidad eclesial<sup>9</sup>. De esta manera, alienta una antropología que nada tiene que ver con las propuestas provenientes de una psicología basada en los parámetros del existencialismo, del marxismo, del neoliberalismo o del juridicismo, y que se muestran incapaces de captar y desarrollar el dinamismo de una existencia como vocación. Quien vive a fondo la vocación a la libertad en el marco del sacrificio eucarístico está incondicionalmente abierto a los signos y mociones que el Señor le dará a conocer a través de las mediaciones humanas y eclesiales, como concreción del estado y misión a la que ha sido llamado.

### **El itinerario vocacional a la luz del memorial de la pasión**

Por otra parte, el memorial de la muerte de Jesús ilumina con nueva luz el itinerario de la vocación y de las vocaciones en su dinámica espiritual de compromiso, servicio y testimonio. La liturgia y la oración son auténticas en la medida que conducen al «culto razonable», que implica el asentimiento de toda la persona al Dios revelado en Jesucristo. *«Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto»* (Rom 12, 1-2). En esta perspectiva, el «yo» se ofrece al «Tú» para llevar a cabo su beneplácito, su voluntad; pero no entiende la voluntad como unas normas, sino como la determinación de Dios que envía a su Hijo en la carne, para que quien lo acoja con fe sea resucitado en el último día, como Jesús enseña en el discurso del pan de la vida (cf. Jn 6, 35-40). La comunión en la ofrenda del Hijo, en la Pascua del Cordero, es un camino de realización, transformación y plenitud; pero no según las antropologías replegadas sobre el «yo» y su «mundo», en las que la relación y el otro se ven como una amenaza. En el horizonte antropológico del sacramento, la persona se realiza en la relación con el otro, que reenvía al Otro. La Eucaristía, en efecto, reenvía siempre al Otro, en quien encontramos a los otros como nuestra máxima posibilidad.

Proclamar la muerte del Señor hasta que vuelva, lleva consigo seguir a Jesús en su condición de Siervo. La Eucaristía capacita y enseña al discípulo a vivir existencialmente el servicio a los hermanos, desde el último lugar. Los grandes de este mundo sirven como una forma de autoafirmarse en el mundo, de imponerse a los demás. No es éste el modo con el que Jesús ha servido a la humanidad. No buscó los primeros lugares, sino que ocupó el del último de los

---

<sup>9</sup> Benedicto XVI recuerda que la Eucaristía es fuente de vida moral, pero debe evitarse el moralismo. Esta referencia al valor moral del culto espiritual no se ha de interpretar en clave moralista. Es ante todo el gozoso descubrimiento del dinamismo del amor en el corazón que acoge el don del Señor, se abandona a Él y encuentra la verdadera libertad. La transformación moral que comporta el nuevo culto instituido por Cristo, es una tensión y un deseo cordial de corresponder al amor del Señor con todo el propio ser, a pesar de la conciencia de la propia fragilidad. Todo esto está bien reflejado en el relato evangélico de Zaqueo (cf. Lc 19,1-10). Después de haber hospedado a Jesús en su casa, el publicano se ve completamente transformado: decide dar la mitad de sus bienes a los pobres y devuelve cuatro veces más a quienes había robado. El impulso moral, que nace de acoger a Jesús en nuestra vida, brota de la gratitud por haber experimentado la inmerecida cercanía del Señor» (S C 82).

esclavos, para hacer partícipes a los hombres de su herencia y de su gloria. Quien vive y acoge la vocación de Dios en Cristo, que en esto consiste lo propio del dinamismo eucarístico, no busca ya los primeros puestos. Más aún, sabe que el dinamismo de toda vocación se expresa en estar a la mesa como el que sirve (cf. Lc 22, 24-30), condición indispensable para compartir la gloria de Jesús, el Señor. El servicio además, tal como se desprende del memorial pascual, no puede limitarse a hacer cosas en favor de los demás. Jesús ha servido a la totalidad de la humanidad a través de su ofrenda en la cruz. El servicio ahora es entregarse con Cristo y en Cristo al Padre en favor de la humanidad entera, sin hacer acepción de personas. «*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*» (Jn 15, 17). El amigo de los hombres nos introduce así en la lógica de quien se da para que la amistad sea posible entre las personas y los pueblos. No podemos olvidarlo: Cristo dio la vida para derribar los muros de la enemistad y hacer de los pueblos irreconciliables un Hombre Nuevo, creado en él, la Iglesia (cf. Ef 2, 11-22). Por ello la Eucaristía nos hace huir de la rivalidad y competitividad para vivir la comunión de la alteridad, la propia del Espíritu del Padre y del Hijo.

### **La opción por los pobres a la luz de la Eucaristía.**

Desde el momento en el que el Hijo quiso identificarse con los pobres de la tierra, la opción por los pobres se presenta como una exigencia interna de la fe y de la vocación cristiana. «Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos». Es la forma de testimoniar el «estilo del amor de Dios» (NMI 49). A la luz de la Eucaristía la opción por los pobres y su manera de servirlos alcanza nuevas perspectivas. En Cristo estamos llamados a acogerlos y servirlos como nuestros «maestros y señores», a decir de san Vicente de Paul. Ya no podemos recibir a Cristo en la Eucaristía sin recibir en él a los pobres, con quienes ha querido identificarse de modo particular. Por ello el compromiso con los más necesitados tiene un verdadero fundamento cristológico-sacramental. Sin un servicio real a los pobres, la celebración y vivencia de la Eucaristía es realmente «fragmentaria»<sup>10</sup>, al igual que si no nos induce a salir a los caminos para invitarlos a participar en el banquete del reino. La Eucaristía

---

<sup>10</sup> «La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos « un cuerpo », aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y *ethos* se compenetrarían recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el *agapé* de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el « culto » mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el « mandamiento » del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser « mandado » porque antes es dado» (DCE 14).

nos recuerda que ya no basta hacer cosas en favor de los pobres; es preciso servirlos, honrarlos y compartir su vida como lo hace el Señor.

Por otra parte, como el Siervo es enviado a las encrucijadas de los caminos para convocar «a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos» (cf. Lc 14, 12-24), es decir, a los excluidos de la fiesta, también nosotros estamos llamados en Cristo a salir al encuentro de los más alejados y vulnerables de este mundo para que se asocien al convite, al banquete de la alianza. El nuevo maná nos invita a compartir los bienes materiales y espirituales con los que nos rodean, en particular con los más pobres. «La caridad de las palabras y de las obras»<sup>11</sup> son una exigencia interna del sacramento eucarístico. La evangelización de los pobres configura toda vocación en la Iglesia y una verdadera espiritualidad eucarística.

En resumen, hacer memoria de la pasión del Señor nos introduce en su «amor» y «obediencia» al Padre, cuyo designio es reconciliar a la humanidad consigo. Jesús va a la cruz como expresión de su amor y obediencia al Padre: «*Es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que, como el Padre me lo ha ordenado, así actúo. Levantaos. Vámonos de aquí*» (Jn 14, 31). «La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega» (DCE 13). El sacrificio eucarístico nos abre a la acción del Espíritu a fin de dar una respuesta libre y gozosa a la palabra que nos convoca, y sin la que no se consuma la vocación. La palabra forja al discípulo y al testigo para alabanza de la gloria del Señor, cualquiera que sea su vocación particular. La Iglesia, en una de las plegarias eucarísticas, ora en estos términos al Padre: «Dirige tu mirada sobre esta Víctima, que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de su gloria» (Plegaria IV). Pero conviene notarlo: el sacrificio existencial de Cristo celebrado en la Eucaristía es un camino de plenitud y de vida. La obediencia cristiana es un camino de libertad, pues permite al hombre trascenderse en Dios. Cuando el «yo» se deja conducir por el «Tú», entonces adquiere su plena realización, como lo muestra el «sacrificio del altar».

---

<sup>11</sup> Juan Pablo II, después de insistir en una nueva «imaginación de la caridad», añade: « Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como « en su casa ». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*» (NMI 50). Benedicto XVI recalca: la Eucaristía postula el anuncio de Jesucristo. «la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: “Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera”... No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana» (SC 84).

### 3. «MENS IMPLETUR GRATIA»

En el sacramento del amor acontece la comunión más plena y total del discípulo con el Maestro. Más allá del sentimiento religioso, que puede embargar al comensal del banquete sagrado, cuando nos situamos en el nivel de la «ontología de la gracia» sabemos que el amor personal de Cristo nos abraza y hace entrar en la comunión que reina entre él y el Padre en el Espíritu Santo. En la perspectiva cristiana la gracia es, ante todo, «asimilación con Cristo» en su entrega al Padre y a los hombres en el Espíritu. En el dinamismo eucarístico se experimenta y celebra la afirmación paulina: «*Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza*» (2Cor 8, 9). La Eucaristía no deja de enriquecernos, de adentrarnos en el amor insondable de Dios, aunque no siempre seamos conscientes de ello. Pasamos a ser el Cuerpo de Cristo, de una manera que ninguna mística hubiera podido sospechar. Somos lo que recibimos con fe y gratitud<sup>12</sup>. La Eucaristía alienta de forma incesante en el creyente «la mística del abajamiento» y «la auto-donación» a Dios y a los hombres, fuente y principio de toda verdadera vocación. El sacramento del amor inunda el corazón del creyente de una gran suavidad interior, de un amor que le lleva a vivir existiendo para los demás. En la comunión eucarística encontramos el dinamismo de una antropología de la pro-existencia: realizarse siendo para los demás.

#### La Eucaristía fuente de gracia y perdón

Dos elementos caracterizan de forma primordial el amor auténtico y personal tal como se celebra en «el sacramento de la caridad». El amor, en primer lugar, es donación libre de la persona que se posee a ella misma, y que puede darse o no darse. Por ello su entrega es siempre gracia, algo indebido e inaudito. Y, en segundo lugar, el amor personal de Cristo en la Eucaristía establece una relación de mutua inmanencia, de circulación de la misma vida. «*El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí*» (Jn 6, 56-57). En el discurso de adiós del cenáculo se repiten expresiones como estas: «*Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros*» (14, 20). «*Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante*» (15, 5)

La Eucaristía, por otra parte, pone de relieve la mediación única del Verbo encarnado que nos sumerge en el amor y en el perdón, pues toda gracia y perdón nos llegan por la humanidad de quien se nos da en comida y bebida. La mística del sacramento de la fe nos hace pregonar esta

---

<sup>12</sup> «Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre — aquello por lo que el hombre vive— era el *Logos*, la sabiduría eterna, ahora este *Logos* se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La « mística » del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar» (DCE 13).

verdad inefable, capaz de transformarnos por dentro y darnos el verdadero sentido de la persona: Dios es amor. En la Eucaristía queda patente que Dios es amor y que su voluntad libre y soberana es integrar al hombre en la comunión trinitaria. En eso consiste precisamente la gracia que inunda y desborda el corazón de quien acepta «vivir por él».

### «Aprender a vivir del don»

El comensal eucarístico aprende a vivir del don, del pan bajado del cielo, enviado por el Padre para darnos vida eterna. Vivir del don personal, de Cristo entregado en el pan y el vino, supone establecer un diálogo constante con aquél que me hace partícipe de su vida y victoria sobre la muerte. Un diálogo que comporta la reciprocidad en el don, la propia de los verdaderos adoradores en espíritu y verdad. El evangelio de Juan, como acabo de señalar, insiste reiteradamente en la mutua inmanencia entre el Maestro y el discípulo. Reencontramos así, una vez más, el dinamismo profundo de la alteridad en la comunión, de una existencia filial en Cristo. Por otra parte, vivir por Cristo supone una relación permanente de dependencia. Los sarmientos que se desgajan de la vid verdadera terminan por secarse. El cristiano eucarístico tiene conciencia de que no vive por él mismo, sino que vive de Cristo, en Cristo y por Cristo.

Al llenarse de gracia el centro vital del comensal eucarístico, brota en él una profunda actitud de fe, amor y esperanza. Descubre de forma progresiva que sólo Cristo es la palabra de la vida eterna, tal como se le entrega en la doble mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. Por tanto, quien acude sin cesar al encuentro con el Señor en la Eucaristía se capacita para escuchar la palabra que lo convoca a la vida y al servicio. Si toda gracia, como enseña la teología, nos llega por la humanidad de Cristo resucitado, la Eucaristía nos da fuerza para recibir con prontitud, determinación y alegría la vocación.

Esta gracia que inunda al comensal eucarístico lo recrea y capacita para responder desde la fragilidad al don de la vocación y de la misión. Consciente de vivir de la gracia, el discípulo camina con fe humilde y esperanzada. Quien vive del don de Dios no juzga a los demás, pero es audaz con la audacia de los humildes, con la audacia de quien no duda en arriesgar toda su existencia para responder al amor con amor. La persona eucarística no se apoya en sus fuerzas para responder a llamada del Señor, sino en Aquel que se da como pan de vida para el camino. En la plegaria eucarística la Iglesia suplica ser fortalecida con el Espíritu de la verdad y la comunión, a fin de recorrer el camino con alegría y dirigirnos juntos hacia la verdad plena para poder dar testimonio de Jesucristo.

Si se quiere dar una orientación vocacional a toda pastoral de la Iglesia, es de capital importancia que los cristianos aprendamos a ser personas eucarísticas que viven en la acción de gracias, alabanza y adoración. La promesa del Señor: «*Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos*» (Mt 28, 20), la celebramos como gozosa y deliciosa realidad en la Eucaristía. Pero todo esto supone que todos los fieles cristianos penetremos, por la oración y la adoración, cada día más íntimamente en el misterio de Cristo, para gustar y saborear lo que se nos dice en el libro de la Sabiduría: «A tu pueblo, por el contrario, le alimentaste con manjar de ángeles; les suministraste, sin cesar desde el cielo un pan ya preparado que podía brindar todas las delicias y satisfacer todos los gustos.» (16, 20)

## La respuesta gozosa del amor

Las respuestas angustiadas y voluntaristas a la vocación no se armonizan bien con la dinámica que desencadena el encuentro con el Señor en la Eucaristía, fuente de vida y gracia, alimento y viático para el camino. La comunión eucarística introduce al cristiano en la dinámica filial de Cristo, que por nosotros se hizo *casto, pobre y obediente* para llevar a cabo el plan salvador del Padre en el Espíritu Santo. No todo cristiano está llamado a la práctica de «los consejos evangélicos», esto es, a «la vida consagrada» como «estado de vida», pero sí a poner en práctica la palabra del Señor: «*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5, 48). La llamada universal a la santidad se realiza en el seguimiento de Jesucristo<sup>13</sup>. Él no buscó organizar su propia familia sino que convocó a los hijos de Dios dispersos en torno a la misma mesa; se despojó de su condición divina y asumió nuestra carne para destruir el pecado; se humilló haciéndose obediente hasta la muerte en cruz para que la vida surgiera de la misma muerte. Quien vive este dinamismo de la Palabra entregada, vive la gracia y de la gracia. La Eucaristía se presenta así como el **lugar** y la **escuela** por antonomasia de la escucha y respuesta a la vocación en el seno de la comunión eclesial, pues nos conforma con el Siervo que sale a los caminos, que tiene oídos y labios de discípulo para hacer saber al cansado una palabra de aliento, de esperanza y alegría, que sigue diciendo a todos los hambrientos y sedientos: «*Tomad y comed*» «*Tomad y bebed*».

En síntesis, la Eucaristía es la mejor escuela para aprender a vivir del don, esto es, para acoger la vocación como un verdadero regalo, pues a través de ella el Señor nos invita y asocia de manera particular a participar en su obra salvadora, a compartir su misma vida. El cristiano que vive de forma consciente el sacramento del altar, encuentra en él un motivo de asombro y de gozo inmenso al saberse injertado en la humanidad de Cristo resucitado. Esta alegría le lleva a valorar la realidad de otra manera, a entregarse de manera incondicional al que recibe como comida y bebida, a hacerse buen pan para los demás, así como a anunciar la muerte y resurrección de Jesús hasta que vuelva. No podemos guardar para nosotros la alegría de compartir el banquete del reino de Dios. La persona inundada por la gracia eucarística sale al encuentro de los hombres para hacerles partícipes de la invitación del Señor. «*El Señor dijo al siervo: Sal por los caminos y senderos, e insísteles hasta que entren y se llene mi casa*» (Lc 14, 23). La alegría del Espíritu, que es difusiva por naturaleza, alcanza su plenitud dando a conocer lo que ha visto, oído y palpado del Verbo de la vida, presente realmente en la Eucaristía (cf. 1Jn 1, 4). Quien se adentra en el dinamismo de la Eucaristía ya no busca dones, sino que vive de Cristo pan de vida dado por el Padre<sup>14</sup>, él mismo se hace don para los demás.

---

<sup>13</sup> «Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios.» (L G 41)

<sup>14</sup> «Dejemos que nuestro anhelo de la vida divina ofrecida en Cristo se exprese con las emotivas palabras de un gran teólogo de la Iglesia armenia, Gregorio de Narek (siglo X): "Tengo siempre nostalgia del Donante, no de sus dones. No aspiro a la gloria; lo que quiero es abrazar al Glorificado (...). No busco el descanso; lo que pido, suplicante, es ver el rostro de Aquel que da el descanso. Lo que ansío no es el

#### 4. «ET FUTURAE GLORIAE NOBIS PIGNUS DATUR»

La Eucaristía no sólo es memorial del pasado, lo es también del futuro: hace presente el futuro de gloria, dado ya en Cristo. En efecto, la humanidad de Cristo resucitado prosigue su actividad mediadora en el cielo y la tierra. Al darse como comida y bebida de salvación nos incorpora a su carne transfigurada, presente realmente en las especies del pan y del vino. El «impulso escatológico de la Eucaristía» hace de ella la escuela por antonomasia del itinerario vocacional y el lugar de la respuesta a la llamada del Señor. Tratemos de explicitar y justificar nuestra afirmación.

##### **Una comunidad de peregrinos hacia la patria**

Los invitados al banquete eucarístico, si son conscientes de lo que celebran, tomarán en serio su condición de «peregrinos de la diáspora» (1P 1, 1), allí donde se encuentren implantados. La Eucaristía nos lanza hacia la Patria introduciendo el futuro en la historia presente. En ella compartimos ya el triunfo del Hijo encarnado. Juan Pablo II escribió: «Anunciar la muerte del Señor «hasta que venga» (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística». Precisamente el fruto de esta transfiguración de la existencia junto con el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20)» (EDE 20).

«La tensión escatológica» de la Eucaristía lleva consigo tender siempre hacia Aquél que no cesa de venir a nuestro encuentro como origen, guía y meta de nuestro devenir humano. Por la Palabra fuimos creados y recreados para la vida sin ocaso. Al entrar en comunión con la humanidad del Resucitado, el futuro nos alcanza y atrae hacia él. Ya no podemos fijarnos en un momento de la historia. Por Cristo avanzamos hacia la plena realización: «*Dios todo en todos*» (cf. 1Cor 15, 28). Esto supone vivir el presente desde el futuro dado en el Crucificado exaltado a la derecha del Padre. La Eucaristía nos capacita y enseña a vivir en Cristo la historia de cada día de acuerdo con la vocación particular que él regala a cada uno. Transforma la existencia y acción de quien la celebra con fe, de quien se deja asimilar de forma progresiva y constante por la humanidad transfigurada de Cristo, que se nos da realmente en el pan y el vino. Estamos en la «ontología de la gracia», pues en quien recibe el sacramento con fe la Palabra se hace plenamente eficaz. El sacramento obra lo que significa: signo y prenda del futuro que se le ha dado a la carne como posibilidad definitiva en Cristo. Ante las antropologías cerradas a la trascendencia y, por tanto a la vocación, la Eucaristía introduce en el dinamismo de una antropología abierta al futuro como vocación.

##### **La Eucaristía y el compromiso de transformar el mundo**

La «tensión escatológica» de la Eucaristía, lejos de apartar de la historia, hace que cada uno se comprometa en ella de acuerdo con la vocación y misión que Dios le depara. En el seno de la

---

banquete nupcial, sino estar con el Esposo" (*Oración XII*).» (Juan Pablo II, audiencia general del 18 octubre del 2000)

comunidad eucarística, todos los comensales están llamados a cambiar su existencia y a comprometerse en la transformación del mundo según el Evangelio. La meta es una: que todo se transforme en el cuerpo de Cristo resucitado. La aportación de cada vocación particular será original y complementaria dentro del único cuerpo de Cristo, pues en él, como enseña el apóstol, somos miembros unos de otros, nos necesitamos mutuamente para nuestra realización y la de la existencia y misión de la Iglesia en la historia. La Eucaristía nos introduce en el deseo del Padre de recapitular todo en Jesucristo, de tal forma que estamos llamados a comprometernos para transformar la humanidad y el cosmos en el cuerpo y la sangre del Resucitado<sup>15</sup>.

Es significativo cómo en la Eucaristía se da cita todo fiel cristiano: el ministro ordenado, el consagrado, el casado y el soltero. Todos son convocados a ejercer el «sacerdocio cósmico», pues Dios les ha confiado a todos lo creado. En ella todos son llamados a la santidad, de la que el Cristo eucarístico es el iniciador y consumidor: la vocación a la santidad es universal. En ella todos son llamados a trabajar para que la creación entera se convierta «en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial». En ella se aprende lo que es el amor mutuo, la alegría de lavarse los pies unos a otros. En ella se consume la vocación bautismal de ser uno en Cristo. La Iglesia es el pueblo de los convocados. Pero esta vocación compartida, lejos de anular las vocaciones particulares las postula. Cada uno, según la gracia recibida, está convocado a «colaborar con Dios» en la misión del único pueblo de Dios en la historia. Todas las vocaciones se nutren del mismo cuerpo de Cristo, para que todo se transforme en él según la voluntad de Dios. Para ello el Espíritu reparte ministerios, dones y carismas para que la Iglesia se desarrolle como misterio de comunión y misión en el mundo, para que sea icono de la comunión y de la acción trinitaria en nuestro mundo.

### **Las vocaciones particulares a la luz de la Eucaristía**

«La espiritualidad sacerdotal es intrínsecamente eucarística». El ministro ordenado aprende en ella la caridad del Pastor, que se da en alimento a los suyos para que así tengan vida en abundancia. Puesto que está llamado a ser «sacramento personal» de Cristo en la comunidad, tomará como divisa de su espiritualidad estas palabras de Jesús: «*tomad y comed*», «*tomad y bebed*». En Cristo será don para los demás. El ministro ordenado, urgido por el amor apasionado del Señor que no quiere retrasar su banquete, saldrá como el Pastor en busca de la oveja perdida y, como el Siervo de la parábola, irá a las encrucijadas de los caminos para convocar a todos al festín de la alianza.

---

<sup>15</sup> El Concilio Vaticano enseña en este punto: «Mas los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto con el anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos los libera, para que con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirán en oblación acepta a Dios. El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial» (G S 38).



La tensión escatológica de la Eucaristía resplandece de modo particular en la vida consagrada. De la celebración y adoración eucarísticas reciben los consagrados y consagradas la luz y la fuerza para seguir con alegría a Jesucristo casto, pobre y obediente, la aptitud para dejarse transformar por el Espíritu a su imagen, a fin irradiar el rostro del Señor (2Cor 3, 18) y servir la vocación divina de todo ser humano, a través de la contemplación y la acción. «A través de su testimonio específico, la vida consagrada se convierte objetivamente en referencia y anticipación de las « bodas del Cordero » (Ap 19,7-9), meta de toda la historia de la salvación. En este sentido, es una llamada eficaz al horizonte escatológico que todo hombre necesita para poder orientar sus propias opciones y decisiones de vida» (S C 81).

También la vocación al matrimonio encuentra en la Eucaristía el alimento y dinamismo para llevar a cabo el sentido del sacramento. La Eucaristía hace posible la unidad y la comunión en la alteridad. Así como Cristo y su Esposa, la Iglesia, no forman más que una sola carne, misterio que se nutre de la Eucaristía, así también los esposos. La celebración de la Eucaristía les permitirá darse mutuamente, y también les ayudará a descubrir que su vocación es la de formar una familia como Iglesia doméstica, una familia donde Cristo sea realmente el centro. Si pocos cristianos viven de forma consciente el matrimonio como una auténtica vocación, una de las causas es, sin duda alguna, una deficiente vivencia del misterio eucarístico. Los seglares, como los ministros ordenados y las personas de vida consagrada, han de recordar que sólo viviendo la existencia como vocación y misión ofrecerán un culto agradable a Dios.

En resumen, la Eucaristía al hacernos degustar el futuro, nuestro futuro en Cristo, abre el ser humano a la verdadera trascendencia, a un auténtico diálogo de amor con aquel que está viniendo a nuestro encuentro. El cristiano no es una persona replegada sobre ella ni sobre la tierra, está en el mundo abierta a la llamada y misión, para vivir el presente con la gracia como «peregrino de la diáspora».

## CONCLUSIÓN

He tratado de mostrar la correlación existente entre el dinamismo de la Eucaristía y el dinamismo de la vocación, de manera que el sacramento de la fe sea realmente escuela permanente del itinerario vocacional, y lugar de recepción de la llamada. La Eucaristía introduce en la alteridad y la comunión, en el encuentro interpersonal donde resuena la voz del Señor que nos convoca en el nosotros eclesial para servir el proyecto divino de recapitular todo en su Hijo

La Eucaristía nos da fuerza para recibir con prontitud, determinación y alegría la vocación. Ella introduce al creyente en la dinámica antropológica del hombre nuevo creado y recreado en Cristo. Nos hace vivir del don y como don para los demás en el Señor. La persona eucarística aprende a vivir la existencia dramática en la acción de gracias, vuelta hacia el futuro que viene todos los días a su encuentro en lo concreto de la existencia. Con la audacia de los humildes, de los «anawim» no duda en darse día tras día de manera incondicional a quien le sigue diciendo: «toma y come, toma y bebe de balde».

Entiendo que vivir la Eucaristía en su verdadera perspectiva, es un desafío para la comunidad eclesial y para cada uno de sus miembros, una invitación a ahondar en ella, y un cuestionar la comprensión y la vivencia que de ella tenemos en ocasiones. Esto supone ahondar en el

sentido de la vocación y de la vivencia correcta del sacramento del amor, del sacramento de la alianza: *la alteridad en la comunión*. La oración y adoración ante el sagrario han sido y seguirán siendo indispensables para desarrollar una vida en esta perspectiva.

Exige de todos nosotros un cambio en nuestras maneras de vivenciar el sacramento del altar, para no vivirlo de manera fragmentaria. Pero no se podrá alcanzar esta meta si los cristianos la viven solamente como un asunto de una exigencia interna de piedad personal o una exigencia exterior que lleva cumplir un simple precepto. Por ello sería necesario ayudar a la comunidad cristiana a ahondar la comprensión y vivencia de la Eucaristía. Se ha de trabajar para que sea realmente el sacramento eficaz del encuentro con el Señor, para que se dé en ella una apertura clara a la libertad de Dios, de manera que sea lo que es: fuente de la verdadera vocación en la perspectiva cristiana. La comunión con el Cristo total, tal como acontece en una Eucaristía es el itinerario privilegiado para promover una cultura de la vida entendida como vocación, una nueva comprensión de la existencia vivida como vocación, para que toda la pastoral de la Iglesia tenga una clara impronta vocacional.